

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

MOMENTO NO MUERTO

NATALIA BAÑOS

EDICIÓN 2020



LOS DEL
QUINTO PISO

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

El Texto incluido en esta edición fue escrito en 2020 en el Programa de formación en escritura dramática DIDASCALIA. Es propiedad intelectual de: Natalia Baños. Para montaje, representación o lectura pública comunicarse con la autora: bamu2107@gmail.com

Natalia Baños



Graduada del Diplomado en Actuación del Centro Nacional de Artes (CENAR, 2018). Se ha dedicado a la actuación y al circo contemporáneo como intérprete e instructora de danza aérea. Formó parte de diversos colectivos artísticos como TARU Teatro Aéreo y Recreación Urbana, y Las Tres Prietas Teatro, entre otros. Desde 2016 mantiene un estudio constante de la lengua y cultura Nahuatl de El Salvador.

Actualmente forma parte de Circolectivo Tenteleke y Cirkeras, buscando la creación artística en las áreas circenses.

MOMENTO NO MUERTO

NATALIA BAÑOS

*La idea y el sentimiento de la inmortalidad
serán suplidos por el sentido fraterno del amor.*

Antonio Machado

PERSONAJES:

Perpetuo

Matilde

Esperanza

Carmen

Eulogia

EL SUEÑO

Perpetuo está tan inmóvil que parece muerto. Duerme profundamente en una silla. Al interior de una casa poco alumbrada, el gentío se ha reunido a celebrar. Una banda musical toca con emoción. Eulogia canta a todo pulmón, sosteniendo un cuaderno en sus manos. Carmen y Esperanza reparten bebida y comida. Golpean la puerta con insistencia y Tacho ladra con la cola parada. Nadie se perturba, pues nadie más ha sido invitado. La banda comienza una nueva canción y toda la gente baila.

Carmen: *(Se aleja de la multitud).* ¡Qué siga la fiesta! ¡Qué siga el zapateo!
¡Qué no duerman los desgraciados! ¡Si no nos dejan vivir en paz,
que no vivan en paz ellos tampoco!

Esperanza: *(Interrumpe a Carmen).* Carmencita, ¿no has visto a Mati?

Carmen: Aquí estaba a la par, comiendo... *(Llamando).* ¡Mati! ¡Mati!

Esperanza: *(Llamando).* ¡Matilde! Esta niña traviesa, siempre saliéndose
del guacal. *(Llamando).* ¡Mati!

*Esperanza y Carmen buscan en medio de la gente, por debajo de las mesas,
por todos los rincones. Carmen sale, e intenta despertar a Perpetuo sin
lograrlo. Afuera, los grillos vuelan alborotados en el monte.*

Carmen: ¡Perpetuo despertate! ¡Ya casi es hora de levantarse! ¿Y Matilde?
¿No la viste que salió? ¡Perpetuo!... Viejo tarado. Aquí es cuando
yo digo, ¿y por qué nos casamos, pues? ¡Solo son carga! *(Mira la
luna).* ¡Perpetuo, ya es hora!

Esperanza: ¿Ya viste el montón de grillos?

Carmen: Seguro anda jugando con esos animales. ¡Cómo le gustan esos
bichos feos! Aquel día me llegó a meter unos en el vestido, niña
loca.

Esperanza: Y con razón llegó chillando... ni me quiso decir que vos le
habías dado el sopetón. Y... ¿nada?

Carmen: Nada. ¡Este hombre parece tronco!

Esperanza: Ay, papá...

Carmen: ¿Y sabés qué me da más cólera? Que me dice: *(copiando la voz y
talante de Perpetuo)* “no tengan miedo mujercitas, yo me quedo
aquí en la puerta. Yo voy a cuidar”.

Esperanza: Te soy sincera, siento una gran angustia en el corazón cada
vez que se acerca esta hora. Me da cólera también lo que decís.
¿Por qué las cosas tienen que pasar así y no de otra forma? Al
final, ¿qué va a aprender ella?... ¿Qué está aprendiendo él?

Carmen: Perro viejo no aprende mañas nuevas.

Esperanza: ¡Mirá cómo la ando buscando! ¿Desde cuándo, mamá? Ya perdí la noción del tiempo. Parece que rodamos y rodamos y nunca llegamos a ningún lado.

Carmen: Ya te tocó la chicha.

Esperanza: Llegamos a un momento en el que no hay ni melancolía, me vuelvo violenta, porque ya no hay otra forma, ya no tengo nada que perder. Porque sé que ya no puedo estar con ella y no es porque yo quiera... ¡Nos la quitaron de nuestros brazos!

Carmen le pega un sopapo a Perpetuo quien sigue profundamente dormido. Abraza a Esperanza, la mete a la casa y cierra la puerta. Eulogia las mira y calla. Mira la puerta con insistencia. Suena un golpe y la puerta cae. La gente grita. Todo el mundo se detiene. Las mujeres están en medio del caos.

Eulogia: Este es el momento de reconocernos, en el que mi cuento termina y se empieza a contar otro, y otro, y otro. Aquí las voces están hechas para ser por siempre escuchadas. Este es el momento no muerto, donde parece que silencian nuestro “son”.

Este día yo conocí el eco, son personas que repiten atrasito lo que una va diciendo. ¿O será que soy yo la que repite lo que vienen diciendo? Cuando regresamos con los sacos de naranjas en los lomos, allá por el acantilado... ¿lo han escuchado? De repente sentís que te susurran al oído o que te llaman bien a lo lejos. Perpetuo dice que por ahí todavía hay niñas que gritan cuando atardece. Yo le digo que sin darnos cuenta, todas corremos hacia la muerte.

Todos los días estamos despiertas, incluso a esta hora, cantamos

y zapateamos con fuerza la tierra. Es para que quede el eco. A lo mejor pasa alguien, para bien la oreja y nos escucha.

Desde la puerta, las balas en forma de mariposas, polillas de alas negras, se disparan en todas las direcciones. Las mujeres y hombres, niñas y niños, caen al suelo. Aun así, la música no cesa. Eulogia, todavía de pie, busca apresuradamente en el cuaderno. Una de las mariposas vuela, golpea su cara y se enreda en su cabello. Se desata un último disparo.

LA PARTIDA

Perpetuo despierta sudoroso y con el corazón alborotado. La camisa abierta deja ver sus costillas. Se levanta con dificultad y se pone sus anteojos. Saluda con respeto al retrato de una mujer colgado en la pared. Se asoma al exterior y observa todo lo que yace inmóvil debajo de su cerro. Dentro de la casa, alguien ronca a gusto. Suspira, vuelve a sentarse y sus ojos se cierran. Un aleteo golpea el techo.

Perpetuo: Mmm... Murciélago.

Sus ojos se cierran y cabecea. El aleteo golpea nuevamente.

Perpetuo: *(Cabeceando).* Mmm... ¿Murcielaguito?

Agarra el machete que está debajo de su silla. Golpea y sacude el techo, levantando una nube de polvo.

Perpetuo: Salí de ahí sinvergüenza. ¿Quién te dio permiso de entrar? ¿Vos solo venís? ¡Hablá pues!

El bicho sale del techo y revolotea burlándose por encima de su cabeza. Perpetuo da machetazos al aire, le lanza cualquier cosa que encuentra a su paso hasta que el insecto sale volando. En la puerta se asoma un cuerpo joven y despeinado.

Matilde: ¿Y hoy que soñaste?

Perpetuo: *(Envaina el machete, llena su matata de naranjas y mete el cuaderno).* Vé, ni soñando estaba... Apurate, cambiate.

Matilde: *(Mira la luna).* Nos acabamos de acostar...

Perpetuo: Te dije que un día iban a trepar la montaña. ¡Calladito se metió! Ni una cuarta media y yo dije, un murcielaguito ha de ser. ¡Feos los animales! ¡Pero esos nada andan haciendo!

Matilde: *(Acomoda el pelo cano y desordenado de Perpetuo).* Ya veo...

Perpetuo: No hay tiempo de estarte explicando. Cambiate y agarrá tus cosas. Ayúdame con las naranjas.

Matilde: *(Vistiéndose).* Que de verdad... ¿nos vamos ya?

Perpetuo: ¡Puesí... no hay de otra!

A lo lejos, debajo de la montaña, se escucha una melodía, al mismo tiempo se escucha un golpe y gritos. Se asoman a ver con cautela y hablan en voz baja.

Matilde: Esta noche se escuchaban más alegres que nunca.

Perpetuo: Es el eco. Siempre hablás como si fueran de verdad.

Matilde: ¿De verdad? ¿Y no están ahí, pues?

Perpetuo: Allá abajo ya no hay nada. ¿Sabés qué? Te voy a decir la verdad, para que dejés de imaginarte cosas que no son. Así como me dijo aquella vieja amarga: ya los mataron a todos.

Matilde: Esta noche se escuchan más vivos que nunca... ¡Oí! Perpe, mirá la iglesia.

Perpetuo: El parque.

Matilde: La casa de mamá.

Perpetuo: *Vámonos. (Ambos regresan a la casa y siguen alistando sus cosas). Ha de ser porque... las cosas se ponen viejas y se caen...*

Matilde: Yo siento que no se caen. Yo siento que las tiran, las hacen pedazos, las queman, las hacen polvo. Me atrevería a decir que hasta se escuchan balazos...

Perpetuo: ¡Qué no hay nadie, mujer!... Ese asunto, creo que no es ni animal, ni persona, ni planta, ni respira, ni late. Y desde hace años ha estado ahí. Quizá ya no tiene nada que hacer. Ya no tiene a quién joder más que andar deshaciendo las cosas. A mí ya no me importa qué sea, lo que es seguro es que ya se dio cuenta... ¡Apurate!

Matilde: La verdad nunca pensé que llegara este momento. ¿Vamos a dejar todo así porque sí?

Perpetuo: Si me van a dar muerte, ¡qué sea en tierra ajena y no en la mía! No te tuve guardada por gusto.

Matilde: ¿Y cómo no nos va a ver? Si es así como decís.

Perpetuo: Tuve tiempo para pensar... y si no llegamos, por lo menos lo intentamos. ¡Vámonos!

Se cuelgan al cuello unas máscaras que están puestas en la entrada. Perpetuo guarda el retrato de la mujer en el bolsillo de la camisa, Matilde voltea a ver la casa una última vez, y emprenden el camino abajo. A lo lejos se escuchan aleteos. Las casas siguen cayendo. Se convierten en polvo.

LOS PASOS

Esperanza, Carmen y Eulogia avanzan apuradas detrás de una manada de perros jadeantes. Eulogia mira el horizonte con insistencia.

Esperanza: ¿Cuánto falta?

Se escuchan pasos y tropiezos. Los perros aúllan.

Esperanza: Traigo una gran cólera, ¿dónde está?

Suspira, agotada cruza los brazos y se sienta a un lado del camino. Un grillo salta hacia su hombro. Eulogia se acuesta en el suelo y descansa.

Eulogia: *(Se ríe).* Mirá, un grillo en el hombro de la Esperanza.

Carmen: No podemos descansar de más. No hay que perderles la pista.

Esperanza: Que se esperen. No los cuidamos por gusto.

Carmen no quita la vista de los perros. Perpetuo y Matilde caminan tambaleantes, aparentemente sin rumbo.

Perpetuo: Acá es donde te digo que suena el eco. Si guardamos silencio y ponés atención, podés escuchar pasos. Dicen que toda esa gente termina de trabajar y vienen regresando para ir a dormir.

Matilde: ¿Y cómo son esas personas?

Perpetuo: Yo he visto varias, pero tenés que hacer mucho silencio y esconderte. Hay que tenerles mucho cuidado porque vienen cansadas, para que no se enojen y te vayan a perder en tu camino.

Matilde: ¿Te dan miedo?

Perpetuo: Les guardo respeto.

Matilde: ¿Y las mariposas? A esas sí le tenés miedo.

Perpetuo: ¿Miedo? ¡Terror! Pero sólo a las negras. Es que vos no has visto con tus propios ojos, cuando se comen las casas, las cosas, los papeles...

Matilde: ¿La gente?

Perpetuo: También.

Matilde: *(Disimulando su impresión).* Yo no les tengo miedo. ¡Qué vengan a mí esas desgraciadas! ¡Les voy a dar con estas naranjas!

Perpetuo: Vos no sabés nada de la vida...

Matilde: Ya estoy grande, Perpe.

Perpetuo: ...vos seguro en luna tierna has nacido, ¡cómo no te han sentido el olor!

Carmen: ¡Perpetuo!

Ambos se detienen, se ponen las máscaras y sacan sus machetes. Se acercan apuntando al grillo en el hombro de Esperanza.

Matilde: *(Quitándose la máscara).* ¡Un grillo!

Perpetuo: Ya lo iba a machetear.

Matilde agarra el insecto con ternura y lo prende en su camisa. Perpetuo se quita la máscara y pela unas naranjas.

Perpetuo: A veces uno sí siente que hay alguien... y es cierto.

Matilde: ¿Cómo ahorita?

Perpetuo y Matilde se sientan en medio de Esperanza y Eulogia.

Perpetuo: Yo sentía que desde adentro de las casas me miraban pasar, porque si te fijás bien, tienen unos dibujos en las alas, que son como ojos, que lo ven a uno, y es mejor hacer como que no existen, porque se agitan...

Matilde: A mí me dan más miedo los vivos que los muertos.

Carmen se desvanece, cae y rueda por la pendiente. Esperanza baja a socorrerla.

Perpetuo: Y se atraviesan en la cabeza de uno, o peor, en la del ser querido, del que sólo va pasando... *(Se acerca al barranco y tira las cáscaras. Estas caen encima de las mujeres).* Me sobran ganas de tirarme.

Matilde: ¿Para llegar más rápido?

Eulogia: En aquellos días regresaba tarde. Pasaba trabajando todo el día y se dormía en cualquier lado, hasta parado pasaba soñando el pobre. A nosotras nos encontró tiradas, con los ojos abiertos, debajo de los naranjos...

Perpetuo: *(Cerrando los ojos).* Parece que no hay nada más que hacer.

Carmen: *(En brazos de Esperanza).* Abrimos los ojos bien abiertos para poder ver de frente a la muerte abriendo sus grandes alas negras. Para no olvidarla, porque no era justo que nos llevara en aquel entonces... Apenas empezábamos a vivir.

Esperanza: Para contarte a vos, que así se siente morir. ¡Para que te quede bien claro que no es justo morir así!

Carmen: Porque hace tiempo ya estábamos muertas y parecía que no había nada más que hacer que celebrar la vida. ¡Por tanto amor que una le tenga a la gente! Y al pedacito de tierra donde se nació.

Perpetuo: Después de enterrar a mi madre, a mi querida, a mi niña, ya no volvió a ser lo mismo. *(Se balancea).*

Esperanza: Nos hacen rodar, y rodamos, no vamos para ningún lado.

Sentimos que se repiten las caídas, que no vamos para ningún lado.

Matilde jala a Perpetuo de la camisa. Le da unos golpes en la espalda vuelven a caminar. Carmen y Esperanza se levantan y suben apoyadas una con la otra.

Perpetuo: *(Camina tambaleante de regreso).* ¡A vos te siguen esos animales porque naciste en luna tierna! ¡Porque sos como una mata que ha crecido toda debilucha!

Matilde: No seas así, Perpe, me decís esas cosas sin pensar. ¡Y si soy una mata debilucha es porque vos me criaste así! ¡Viejo tarado!

Perpetuo: Te sienten el hedor y te persiguen. A veces quisiera no haberte encontrado, aquel día mejor te hubieran comido como a las matas de maíz. *(Se tropieza con las mujeres y cae).*

Matilde: Estás mal, Perpe. ¡Sin mí ya estuvieras muerto!

Perpetuo: *(Rueda por el suelo).* ¡Pues sí! Es lo que te digo, mejor morirse a seguir con todo este sufrimiento. Lo que fue todo para mí, de un día para otro se hizo polvo, y me quedaste vos, con la esperanza en la boca... ¡No sabés cuántas canas verdes me salieron por tu culpa!

Matilde: ¡Bueno entonces tirate y terminá con tu sufrimiento! Sos la única persona que conozco. No puedo entender por qué me rechazás así siempre.

Perpetuo: ¡Es que ustedes están todas locas! ¡Esa locura a mí no me sirve!

Carmen: ¿Nosotras?

Eulogia: Viejo tarado.

Esperanza: Ay, papá...

Matilde: ¿Nosotras quiénes? Aquí solo estoy yo. Me lo has venido diciendo todos estos años. ¡A veces no quisiera ser mujer! ¡Parece que ese

es tu problema conmigo!

Perpetuo: ¡Ves! ¡Esa locura no me sirve! Por tu culpa nos van a encontrar. Nos van a comer y nos vamos a hacer polvo. Igual que todo lo demás.

El grillo salta y se prende en el hombro de Perpetuo.

Matilde: Me voy.

Eulogia: Sí, dejalo.

Perpetuo se levanta torpemente y las mujeres lo empujan.

Carmen: ¿Para qué lo seguimos ayudando? Eso es lo que yo me pregunto.

Eulogia: Todavía falta por recorrer.

Esperanza se desvanece y rueda por la pendiente. Carmen baja a socorrerla.

Carmen: ¿Esto va a seguir pasando una y otra vez?

Perpetuo: Te devuelvo tu grillo.

Matilde: Llévatelo, no lo quiero.

Perpetuo camina con firmeza hacia Matilde. Se da la vuelta y se detiene enfrente de Eulogia. Regresa hacia Matilde, se da la vuelta y se detiene enfrente de Eulogia. Regresa hacia Matilde, se da la vuelta y se detiene, frustrado, enfrente de Eulogia.

Matilde: A que te gano.

Perpetuo: No me ganás.

Matilde: A que ese animal no te deja hasta que lleguemos.

Perpetuo: Si salta me pego la vuelta.

Matilde: Ya no te importa nada.

Perpetuo: Son tantas cosas de las que uno se despide, Matilde.

Eulogia: ¡Dios santo!

Carmen: Pobrecita.

Esperanza: Paciencia, paciencia, paciencia...

Pausa.

Matilde: Vámonos. Vos una vez me dijiste que los grillos dan suerte.

(Matilde y Perpetuo avanzan).

Carmen: ¡No les perdás la pista!

Eulogia: Ahora no solo hay que seguir a los perros.

Carmen: ¡Ni muertas nos van a dejar descansar!

Eulogia: Ni en esta vida ni en la otra... ni en la otra, ni en la otra, ni en la otra...

Los perros ladran y aúllan. Las mujeres avanzan, tiemblan, se levantan las faldas.

EL PUENTE

Fluye el río caudaloso.

Perpetuo: ¡Mierda!

Matilde: ¿Dónde está?

Perpetuo: Te juro por mi madrecita que justo aquí estaba. Era largo y grande, de madera maciza y llegaba hasta allá donde no podemos

ver todavía...

Matilde: *(Suspira).* ¿Y ahora qué, Perpetuo?

Perpetuo: *(Se pone el grillo en la cabeza y avanza con el agua a las rodillas).* Habrá que nadar. Son cuatrocientos pasos largos.

Matilde lo sigue. Las mujeres caminan en medio de basura y espuma detrás de los perros, detrás del hombre.

Matilde: ...cuatrocientos son los que yo recuerdo, antes de esos quién sabe... ¿Y cómo sabés que del otro lado no hay maripos...?

Perpetuo: Y desde la casa... ¿no te acordás? Del otro lado, solo son montañas y peñas, un río, uno que otro volcán.

Matilde: *(Tropezando con piedras, sumergiéndose y emergiendo por momentos).* Desde la casa no sé, ya perdí la cuenta. ¿Alguna vez has estado más allá?

Perpetuo: Ojos de agua, también hay una lagunita. Y esa lagunita, también decían que era un volcán, pero explotó y que toda la tierra tembló. Luego se hizo un gran charco de agua y por allá más lejos, hay milpas y hay casitas más bonitas que la nuestra.

Matilde: Y si son más bonitas... *(Se atraganta con agua).*

Perpetuo: Dejan crecer las flores y los árboles botan la fruta sin miedo... Si alguien no tiene se le comparte.

Matilde: ¿Será verdad? *(Se sumerge por largo rato).*

Perpetuo: Las niñas como vos juegan de galán... Un paso más y llegamos. *(Llamando).* ¡Mati!

El agua se agita, se entrevén pataleos y manotazos. Perpetuo se hunde y gira en una espiral sin retorno. El aire disminuye. Los ojos se apagan, se quiebran y se pierden.

Matilde yace tendida en la orilla de un afluente, en alguna ciudad.

De igual forma, Perpetuo tendido en la orilla, ya no ronca, se atraganta con el agua.

Las mujeres empapadas escurren sus vestidos.

Esperanza: *(Observa el río correr).* Es cierto. Ya ni sé cuánto tiempo ha pasado.

Oscuridad.

En la orilla, a Perpetuo le dan un lengüetazo en la cara.

Perpetuo: *(Despertando).* ¡Shh! ¡Fuera! *(Más lengüetazos. Perpetuo le reconoce y se llena de ternura).* ¡Cuánto tiempo! Yo pensé que ni ustedes se habían salvado el rabo. *(Se levanta con dificultad).* Ladrame, Tachito. Otra vez me quedé sin anteojos.

Tacho ladra, Perpetuo camina palpando la piedra, Tacho ladra, Perpetuo sonríe y le sigue. Tacho ladra, Perpetuo avanza...

Perpetuo: ¿Y vos solito viniste?

Tacho ladra.

Perpetuo: ¿Tantos?

Tacho ladra.

Perpetuo: ¿Pudieron pasar?

Tacho ladra.

Perpetuo: ¿A dónde van?

Tacho ladra.

Perpetuo: ¿Cómo vas a creer? No te puedo dejar aquí, Tachito. Después de ella, sos el que más ha querido a este viejo inútil.

Tacho ladra.

Pausa.

Perpetuo: ¿Cómo me encontraste, Tachito?

Tacho gime.

Perpetuo: Estoy loco.

Tacho gime.

Perpetuo: Viejo.

Tacho gime.

Perpetuo: Y solo.

LA OSCURIDAD

Perpetuo avanza, escucha las voces de las mujeres y camina sigiloso detrás de Tacho.

Carmen: Ya estamos bien.

Esperanza: ¿Bien? ¿Ya has estado aquí?

Carmen: Primera vez.

Eulogia: Siento un olor conocido.

Esperanza: Como a viejo.

Carmen: Ha podrido.

Eulogia: ¡Ha muerto!

Esperanza: (*Preocupada*). ¿Será Perpetuo?

Eulogia y Carmen se carcajean.

Pausa.

Esperanza: ¡Ella también! ¡Se hizo polvillo! ¡Se deshicieron de ella y ya nadie la conoce! ¡No teníamos la culpa de nacer ahí! ¿Por qué nos siguen haciendo esto?

Carmen: A lo mejor no pudo pasar.

Eulogia: O no pasó.

Esperanza: Quizás los niños se pierden y no pueden venir solos. Se quedan jugando para siempre, sin entender...

Carmen: Lo que pasó allá no se olvida ni mil años después de cruzar.

Esperanza: ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¡Mala madre! ¡Quizás ya tenés alas negras y yo no pude hacer nada!

Eulogia: ¿Será que hasta acá también pueden llegar las mariposas?

Esperanza: ¿Será que nos van a dejar morir en paz? ¡Cómo las odio!

Perpetuo: (*Se detiene pensativo*). ¡Ladrame, vos!

Tacho se esconde bajo la falda de Eulogia. Perpetuo permanece inmóvil.

Caen piedras. Perpetuo trata de evadirlas, bailando de un lado a otro. Se escuchan carcajadas.

Eulogia: ¡Habla, pues!

Perpetuo: ¿Quiénes son ustedes?

Esperanza: Tirale más piedras para ver si echa polvillo.

Carmen: Quitale la ropa para que abra las alas.

Elogia: ¿Y vos solito viniste?

Perpetuo: No...

Eulogia: ¿Tantos?

Perpetuo: Todo el pueblo.

Eulogia: ¿Pudiste pasar?

Silencio.

Perpetuo: Solo este camino me hace falta, me están esperando,
con permiso...

Eulogia: ¿A dónde vas?

Perpetuo: Más allá.

Eulogia: ¿Cómo vas a creer?

Esperanza saca el cuaderno que carga Perpetuo y lo sostiene en su pecho.

Esperanza: Carmen...

Perpetuo: ¡Carmen!

Mientras tanto, en el pueblo, la casa de Perpetuo se hace polvo.

Esperanza: ¡Ella también se hizo polvillo! ¡Se deshicieron de ella y ya nadie la reconoce! ¡No tenía la culpa de nacer en mi vientre, de ser nuestra sangre, de ser tu nieta, mi hija!

Perpetuo: ¡Matilde!

Carmen: Ahora ella gira y da vueltas en los aires, parece que no va para

ningún lado.

Perpetuo: ¡El naranjo!

Eulogia: A veces cae en algún pedacito de tierra y germina sola, las raíces se pegan con fuerza porque sueña con estar, con volver, saber, entender...

Perpetuo: ¡La casa de mamá!

Un aleteo ensordecedor se acerca. Por ese instante, logra ver nítidamente a Esperanza, Carmen y Eulogia. Todo el mundo se detiene. A lo lejos, la banda musical toca con emoción. Tacho ladra con la cola parada. Nadie se perturba, nadie más ha sido invitado. La banda comienza una nueva canción.

Carmen: *(Se aleja de la multitud).* ¡Que siga la fiesta, qué siga el zapateo!
¡Qué no duerman los desgraciados! ¡Si no nos dejan vivir en paz,
que no vivan en paz ellos tampoco!

Esperanza: *(Interrumpe a Carmen).* Carmencita, ¿no has visto a Mati?

Carmen: Aquí estaba a la par, comiendo... *(Llamando).* ¡Mati! ¡Mati!

Esperanza: *(Llamando).* ¡Matilde! Esta niña traviesa, siempre saliéndose del guacal. *(Llamando).* ¡Mati!

Esperanza y Carmen buscan en medio de la gente, por debajo de las mesas, por todos los rincones. Carmen sale e intenta despertar a Perpetuo sin lograrlo. Afuera, los grillos saltan alborotados en el monte.

Carmen: ¡Perpetuo, despertate! ¡Ya casi es hora de levantarse! ¿Y Matilde?
¿No la viste que salió? ¡Perpetuo! Viejo tarado, aquí es cuando yo digo ¿y por qué nos casamos, pues? ¡Sólo son carga! *(Mira la luna).* ¡Perpetuo, ya es hora!

Esperanza: ¿Ya viste el montón de grillos?

Carmen: Seguro anda jugando con esos animales. ¡Cómo le gustan esos bichos feos! Aquel día me llegó a meter unos en el vestido, niña loca.

Esperanza: Y con razón llegó chillando... Ni me quiso decir que vos le habías dado el sopetón. Y... ¿nada?

Carmen: Nada. ¡Este hombre parece tronco!

Esperanza: Ay, papá...

Carmen: ¿Y sabés qué me da más cólera? Que me dice: *(copiando la voz y talante de Perpetuo)* “no tengan miedo mujercitas, yo me quedo aquí en la puerta, yo voy a cuidar”.

Esperanza: Te soy sincera, siento una gran angustia en el corazón cada vez que se acerca esta hora. Me da cólera también lo que decís, ¿por qué las cosas tienen que pasar así y no de otra forma? Al final, ¿qué les estamos enseñando nosotras?

Carmen: Perro viejo no aprende mañas nuevas.

Esperanza: ¡Mirá cómo la ando buscando! ¿Desde cuándo, mamá? Ya perdí la noción del tiempo. Parece que rodamos y rodamos y nunca llegamos a ningún lado.

Carmen: Ya te tocó la chicha.

Esperanza: Llegamos a un momento en el que no hay ni melancolía, me vuelvo violenta, porque ya no hay otra forma, ya no tengo nada que perder. Porque sé que ya no puedo estar con ella y no es porque yo quiera... ¡Nos la quitaron de nuestros brazos!

Carmen le pega un sopapo a Perpetuo quien sigue profundamente dormido. Abraza a Esperanza, la mete a la casa y cierra la puerta. Eulogia las mira y calla. Mira la puerta con insistencia. Suena un golpe y la puerta cae. La gente grita. Todo el mundo se detiene. Las mujeres están en medio del caos.

Carmen: Este es el momento de reconocernos, en el que mi cuento termina y se empieza a contar otro, y otro, y otro. Aquí las voces

están hechas para ser por siempre escuchadas. Este es el momento no muerto, donde parece que silencian nuestro “son”.

Este día yo conocí el eco, son personas que repiten atrasito lo que una va diciendo. ¿O será que soy yo la que repite lo que vienen diciendo? Cuando regresamos con los sacos de naranjas en los lomos, allá por el acantilado... ¿Lo han escuchado? De repente sentís que te susurran al oído, o que te llaman bien a lo lejos. Eulogia dice que por ahí todavía hay muchachas que gritan cuando atardece. Yo le digo que, sin darnos cuenta, este día todas corrimos hacia la muerte.

Todos los días estamos despiertas, incluso a esta hora, cantamos y zapateamos con fuerza la tierra. Es para que quede el eco. A lo mejor pasa alguien, para bien la oreja y nos escucha.

Una huracanada de mariposas, polillas de alas negras, se dispara en todas las direcciones. Las mariposas invaden, se meten y se alojan en cada rincón, espacio, orificio. Las mujeres y hombres, niñas y niños, caen en el suelo. Aun así, la música no cesa. Esperanza, todavía de pie, busca apresuradamente en el cuaderno. Una de las mariposas vuela, golpea su cara y se enreda en su cabello. Se desata un último disparo.

Oscuridad y silencio.

Tacho ladra.

Perpetuo despierta apretando el cuaderno contra su pecho. Mira alrededor desorientado. Arruga la cara. Matilde levanta a Perpetuo y lo lleva de la mano, apresurada. Las mujeres se levantan y les siguen. Atrás también viene Tacho y los músicos en forma de eco.

Carmen: ¿Cuántas veces te vas a morir, Perpetuo?

Eulogia: Perpetuo, petuo, etuo...

Perpetuo: Yo nací muerto.

Esperanza: Ya ni sé cuánto tiempo ha pasado.

Eulogia: ¿Vos lo querés vivo o muerto?

Perpetuo: Muerto, erto, erto...

Carmen: Lo quiero.

Eulogia: Ustedes por lo menos pudieron quererse.

Esperanza: Quererse, erse, se...

Perpetuo: ¿Pero vos si nos querés, Locha?

Eulogia: Si no nos queremos, no existimos.

Carmen: Existimos, timos, timos...

Esperanza: Y ahora, ¿de qué nos vamos a morir?

Carmen: Yo creo que de una cólera.

Esperanza: Cólera, lera, lera...

Tacho ladra y gruñe.

Chocan con una multitud.

EL SEPULCRO

En la orilla del afluyente de aquella ciudad, el gentío se ha reunido a celebrar. Matilde y Perpetuo se escurren entre las piedras. La banda musical toca con emoción. Toda la gente baila.

Carmen: *(Se aleja de la multitud).* ¡Que siga la fiesta, qué siga el zapateo!
¡Que no duerman los desgraciados! ¡Si no nos dejan vivir en paz,
que no vivan en paz ellos tampoco!

Matilde se cansa y suelta a Perpetuo, lo deja acostado en la orilla. Tacho se

acuesta a su lado y duerme profundamente.

Esperanza: Carmencita, ¿ya la viste?

Carmen: Aquí está, a la par...

Matilde: Él siempre quiso que lo enterraran cerca del río.

Esperanza y Carmen bailan en medio de la gente. Carmen abraza a Perpetuo. Los grillos saltan alborotados alrededor.

Carmen: ¡Perpetuo, despertate! ¡Ya casi es hora de levantarse! ¡Matilde! ¿Ya la viste? ¡Perpetuo! Viejo tarado, aquí es cuando yo digo, ¿y por qué nos casamos pues? ¡Sólo son carga! *(Mira la luna)*. ¡Perpetuo, ya es hora!

Esperanza: ¿Ya viste el montón de grillos?

Carmen: Seguro ya está llena de todos estos animales. ¡Cómo le gustan esos bichos feos! Aquel día me llegó a meter unos en el vestido, niña loca.

Esperanza: Y con razón llegó chillando... Ni me quiso decir que vos le habías dado el sopetón. Y... ¿nada?

Carmen: Nada. ¡Este hombre parece tronco!

Perpetuo: Creo entenderlo, Carmencita.

Esperanza: Ay, papá...

Perpetuo se estira, deja caer el cuaderno a los pies de Matilde. Se sienta, agotada, y acaricia la cabeza de Perpetuo. Revisa el cuaderno y se detiene a leer algunas páginas.

Matilde: “No estés triste, hay muchas cosas por hacer, y las tristezas son pasajeras, acordate de las buenas cosas... Y de las malas también, pero con humor, como hacemos siempre”.

Perpetuo: “Disculpame por no despedirme, pero es que a veces las cosas no son como queremos, uno no puede hacer nada, solo tirarse, como si ya fuéramos polvo”.

Carmen: ¿Y sabés qué me da más risa? Que me dice... *(Copiando la voz y talante de Perpetuo)*.

Perpetuo y Carmen: “¡No tengan miedo mujercitas mías, yo me quedo aquí, yo voy a cuidar!”.

Eulogia se carcajea. Un grillo salta repentinamente hacia su boca de Matilde. Esta se lo traga.

Carmen: “Aunque no te miento, ya sabía que iba a pasar desde hace bastante tiempo. ¿Será que con todos es así? No creo, mi amor, a los que nos tienen así, los entierran hasta con flores”.

Esperanza: “Haceme el favor y no estés tan triste que con ella no se va para ningún lado... ¿O será que sí? Ahora que lo pienso... Yo tengo una tristeza muy grande, y vos quizás tenés una chiquita. A lo mejor mi tristeza es la mamá de la tuya. Nuestras tristezas se hicieron amigas, por eso nosotros también somos amigos...”.

Carmen: Aquí ese trabajo lo hacemos todas.

Eulogia: “Todavía te quedan muchas horas de sueño, atardeceres, te queda por conocer muchos corazones abiertos, así como el tuyo”.

Esperanza: Te soy sincera, siento una gran angustia en el corazón cada vez que se acerca esta hora, me da cólera también lo que decís. ¿Por qué las cosas tienen que pasar así y no de otra forma? Al final... *(Mira hacia más allá)*. ¿Qué van a aprender ustedes?

Perpetuo: “De acá para adelante, siempre, y no lo olvidés, desde aquí, te acompañamos. Ahora sí, lo digo en serio...”.

Carmen: Perro viejo no aprende mañas nuevas.

Perpetuo: “...que no hay vuelta atrás”.

Esperanza: Si, pero... ¡Mirá cómo buscamos!

Carmen: Encontrarnos.

Perpetuo: “Te quiero y no hay retorno”.

Esperanza: ¿Desde cuándo mamá? Ya perdí la noción del tiempo.

Perpetuo: “Lo que nos tardamos no es en vano, todas nosotras... Todo el pueblo...”.

Esperanza: Parece que rodamos y rodamos y nunca llegamos a ningún lado.

Carmen: Ya les tocó la desesperanza.

Esperanza: Llegamos a un punto en el que la libertad ya no está, nos volvemos violentas, porque sabemos que ya no podemos estar con ella y no es porque queremos... ¡Nos la quitan de nuestras bocas!

Perpetuo: “Hoy te conozco y te doy lo máspreciado. Ahora vos acordate y compartilo. Un día vas a ser feliz, ese día no te olvidés de recordarnos, y yo me voy a dar cuenta que sí pudimos, vamos a sonreír mucho, como cuando por primera vez te vimos a vos”.

Carmen le pega un sopapo a Perpetuo quien al fin descansa. Profundamente dormido abraza a Esperanza. Eulogia las mira y calla. Suena un golpe y la gente grita. Todo el mundo se detiene. Las mujeres están siempre en medio del caos.

Esperanza: Este es el momento de reconocernos, en el que mi cuento termina y se empieza a contar otro, y otro, y otro. Aquí las voces están hechas para ser por siempre escuchadas. Este es el momento no muerto, donde parece que silencian nuestro “son”.

Este día yo conocí el eco, son personas que repiten atrasito lo que una va diciendo. ¿O será que soy yo la que repite lo que vienen diciendo? Cuando regresamos con los sacos de naranjas en los lomos, allá por el acantilado... ¿Lo han escuchado? De

repente sentís que te susurran al oído, o que te llaman bien a lo lejos. Carmen dice que por aquí todavía hay mujeres que gritan cuando atardece. Yo le digo que, sin darnos cuenta, este día todas corrimos por vivir.

Todos los días estamos despiertas, incluso a esta hora, cantamos y zapateamos con fuerza la tierra. Es para que quede el eco. A lo mejor pasa ella, para bien la oreja y nos escucha.

Matilde, casi ahogada por las alas que se agitan en su boca, aprieta el cuaderno contra su pecho. Frente a ella, otras alas grandes y negras se abren acechantes, lentamente. Un polvillo se reproduce, invade, se mete y se aloja en cada rincón, espacio, orificio.

Perpetuo: ¡Ya no más!

Aleteos, se escuchan pasos que corren.

Perpetuo: ¡No más!

Matilde desenvaina el machete de Perpetuo. El polvillo entra en sus ojos. Esperanza busca rápidamente en el cuaderno, se detiene en una página.

Matilde: *(Tirando machetazos al aire).* ¡Ya sé quién sos!

Esperanza: ¡Hasta aquí llegaste!

Matilde: ¿Sabés quién soy yo? Soy Perpetuo, soy Esperanza, soy Carmen, soy Eulogia.

Esperanza: ¡Desde aquí corremos...!

Matilde: ¡Soy Matilde, los naranjos, la casa de mi mamá!

Esperanza: ¡...hacia la vida!

Matilde corta las alas de la polilla. Se desata un último disparo.

Eulogia, Carmen, Esperanza, Perpetuo: Este es el momento no muerto, donde “parece” que silencian nuestro “son”, en el que nuestro cuento termina y ustedes empiezan a contar otro, y otro, y otro. Aquí las voces están hechas para ser por siempre escuchadas. No sabemos cómo, con el amor más grande del mundo, le vamos a seguir haciendo frente.

Las hojas del cuaderno vuelan por los aires. Caen en las manos de las personas de aquella ciudad. En él van las esperanzas que salieron de los hombros, las cabezas y las bocas. Todo el amor de Eulogia, Carmen, Esperanza, Perpetuo y Matilde.

Los Del Quinto Piso

15 años de Teatro

Publicación al cuidado de Jorgelina Cerritos y Víctor Candray
Revisión de texto: Nancy Vásquez

El Salvador 27 de marzo 2024